

que debe suceder á todo el universo; porque las virtudes celestiales estarán conmovidas. Entonces el signo del Hijo del Hombre aparecerá en los cielos; todos los pueblos de la tierra harán estallar su dolor, y ellos verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Rodeado de sus ángeles se sentará sobre el trono de su gloria; y todas las naciones estarán reunidas delante de Él; y separará los unos de los otros como un pastor separa á las ovejas de los machos cabríos. Y colocará á las ovejas á su derecha y á los machos cabríos á su izquierda. Y el *Rey* dirá á los que están á su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, venid y poseed el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo.* Y despues á los que están á su izquierda: *Apartaos de mí, malditos! id al fuego eterno que ha sido preparado para Satanás y para sus ángeles.* Y estos irán á los eternos suplicios, mientras que los justos disfrutarán de la vida y de las delicias de una dicha sin fin.

## CAPITULO XLI.

### La Cruz.

Una nacion tiene su bandera, un ejército sus pendones, una ciudad sus blasones, una familia sus escudos de armas; toda sociedad quiere tener un símbolo que la caracterice. ¿Cuál será, pues, el de la gran sociedad moral de la tierra? ¿qué signo podrá reunir en sí y espresar claramente á todas las miradas los caracteres generales de la humanidad? LA CRUZ. La cruz, sí, en otro tiempo el patíbulo de los esclavos, es decir, de las tres cuartas partes del género humano; la cruz sobre la cual el Libertador esperado durante cuarenta siglos ha muer-

to en ese género de suplicio á fin de abolir para siempre toda esclavitud: he ahí el estandarte de los pueblos manumitidos y reconocidos por su libertad.

La cruz es la mas alta espresion de la humanidad: ella la refleja de una manera admirable hasta en sus mas imperceptibles gradaciones; es un libro inmenso adonde se revelan nuestro origen, nuestra naturaleza, nuestros destinos, nuestro fin; es el compendio del cielo y de la tierra. Ella recuerda al Dios criador, al Dios redentor, al Dios santificador: ella tambien trae á la memoria al hombre inocente, al hombre decaído, al hombre regenerado: es el punto de confluencia en que se hallan divinamente unidas, la santidad, la justicia y la misericordia; es el término de todas las antiguas tradiciones; es el altar donde el pecado se halla abismado en la expiacion y el arrepentimiento.

Si las obras de la creacion revelan un Dios poderoso y magnífico, la obra de la cruz revela todo lo que la bondad y el amor divino tienen de mas profundo y mas conmovedor. Es un Dios ultrajado y es un Dios que perdona; es el hombre que peca y es el Dios que expia.

¿Qué es, pues, el hombre para haber merecido tal sacrificio?... *Habeis sido rescatados á precio muy caro*, nos dice el Apóstol; y estas palabras nos hacen comprender que si la cruz es el signo de nuestra debilidad, de nuestra miseria, de nuestra corrupcion, ella es tambien el signo de nuestra grandeza, de nuestra dignidad, de todas las nobles prerogativas de nuestro sér. Ella nos dice muy alto que hemos merecido la muerte; pero nos dice mas alto todavía que hemos valido un Dios.

Sí; todos los hombres valen un Dios, y en lo de adelante, no se podrá llamar vil á una alma rescatada por la sangre de Jesucristo. La igualdad; pero una igualdad noble, descendiendo de lo alto de la cruz y marca en la frente, con un carácter glorioso, al mas ínfimo de los hijos de Adán, al niño mismo que no vive todavía sino en el seno maternal. La cruz manda respetar al hombre cualquiera que sea, al débil como al

fuerte, al humilde como al poderoso, al hombre cubierto de andrajos como al que se envuelve en un manto de púrpura. Ella pide que haciéndose abstracción del crimen, se honre aun la persona del criminal y se le compadezca en su desgracia. Ella nos muestra en todos nuestros semejantes hermanos á quienes ama el Padre comun, y por los cuales nos debemos sentir abrasados en una caridad viva y dispuestos siempre á los sacrificios de la mas pura abnegacion. Por la sangre preciosa que la baña nos exhorta á la magnanimidad, á la clemencia y al perdon de todas las injurias. ¿Qué corazon por duro que sea no se sentirá conmovido profundamente oyendo repetir la súplica de Jesus por sus verdugos: *Padre, perdónadlos; ellos no saben lo que hacen?* “No se podría creer, dice M. de Chateaubriand, cuántos actos de misericordia han producido estas divinas palabras, cuántos brazos ya levantados por la venganza han detenido repentinamente.”

Rescatando al hombre del pecado, dándole la fuerza de combatirlo y de vencerlo, la cruz no solamente ha proclamado la libertad, sino que ella ha traído verdaderamente á este mundo esa noble libertad de los hijos de Dios, que es el desprendimiento de todas las pasiones abyectas, esa libertad que los excesos de la licencia no deshonrarán jamas.

Para los grandes lo mismo que para los pequeños, para los ignorantes como para los sabios, el árbol redentor es un libro siempre abierto, es una enseñanza siempre viva de las mas sublimes virtudes. Él predica la dulzura, la paciencia, la humildad, la abnegacion, el amor del prójimo, el horror al vicio, la lucha contra la naturaleza corrompida, todas las virtudes, en fin, que brillan con un esplendor tan grande en el Hombre-Dios. Emblema celestial de la fé, de la esperanza y de la caridad, él vivifica las almas, las fortifica, las abrasa, é imprimiéndoles una actividad nueva, las dirige, las sostiene y las preserva de los extravíos y de las caidas.

De este modo es la cruz la fuente de la gloria de Jesucristo; su título mas augusto es el de *Crucificado*, y la cruz, por úl-

timo, es el poderoso iman que atraerá á Él toda la tierra. Con la cruz en la mano es como los apóstoles se lanzaron á la conquista del mundo; en ella fué donde pusieron todo su valor y toda su esperanza.

Formados por sus ejemplos y por sus lecciones los primeros fieles profesaron la mayor veneracion hácia el sagrado signo de la salvacion del mundo. Trazándola sobre su frente, sobre su pecho y sobre todo su cuerpo, era como se consagraban al servicio de Dios é imploraban su asistencia. “Cuando salimos de nuestras casas ó entramos en ellas, dice Tertuliano; cuando tomamos nuestros vestidos y cuando nos lavamos; cuando encendemos nuestras lámparas y vamos á tomar algun descanso; en una palabra, en todos nuestros actos y ocupaciones, comenzamos por hacer la señal de la cruz.”<sup>1</sup> Y San Efren esclama á su turno: “Grabemos el signo de vida sobre nuestras puertas, sobre nuestras frentes, sobre nuestra boca, sobre nuestro pecho y sobre todos nuestros miembros; que esta armadura, siempre victoriosa, sea nuestro mas bello adorno. Ella ha vencido á la muerte; ella es la esperanza del mundo, la luz de los pueblos, el baluarte de la verdadera fé, la salvaguardia de la Iglesia.”<sup>2</sup>

Todos los Padres emplean el mismo lenguaje. Ellos están unánimes en recomendar el signo de la cruz y en proclamar su gran virtud y eficacia. Esta santa tradicion se ha transmitido de edad en edad. En todos tiempos la Iglesia ha honrado la cruz con un culto particular; y no ha temido confundirla en una comun adoracion con el Salvador mismo. Incesantemente ha exhortado á los fieles á poner en ella toda su confianza, á santificarla por medio de todas sus acciones. Para dar el ejemplo, ella le ha consagrado oraciones, bendiciones, ceremonias, sacrificios, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Trinidad inefable de personas unidas en el signo del mas admirable amor.

<sup>1</sup> Tertul., *de Oratione*.

<sup>2</sup> San Efren, *de Panoplia*.

¡Honor, pues, y reconocimiento á la cruz! Ella es la que ha sostenido al mártir en sus tormentos, al anacoreta en las austeridades de la penitencia, al doctor en sus trabajos y meditaciones, á la vírgen en sus combates y al hombre piadoso en la práctica de todas las virtudes: ella es la que inspira al pobre la paciencia, al desgraciado la resignacion; la que consuela al enfermo en su lecho de dolor; la que hace brillar á los ojos del moribundo los rayos celestiales de la esperanza. El pecador la invoca en sus angustias, y en ella es por último, donde el culpable, cuya cabeza va á caer bajo la cuchilla de la ley, va á descansar sus miradas, fatigado de los hombres é inquieto de la eternidad.

De esta manera es como la piedad de los cristianos ha plantado por todas partes, como un símbolo tutelar, el árbol redentor de la humanidad. Él corona los altares y la cima de los templos; santifica el recinto de los pretorios y adorna la diadema de los reyes: él se eleva sobre las plazas públicas y á lo largo de los caminos; él aparece en la profundidad de los desiertos, y en lo mas espeso de los bosques; él se destaca sobre las montañas escarpadas y á la vista de los abismos inmensos del océano; él predomina, en fin, sobre el campo de los muertos como la esperanza de la misericordia y de la resurreccion. Si alguna tempestad os arroja náufrago y desnudo sobre una tierra desconocida y vuestros ojos perciben á lo lejos la cruz de Jesucristo, consolaos, porque habeis tocado en una ribera hospitalaria; vuestros hermanos se apresurarán á daros socorros: pero si en ninguna parte del horizonte entreveis el signo de la salvacion, temed encontrar enemigos mas temibles que las olas enfurecidas del océano; habréis arribado á una playa salvaje, y allí tal vez los hombres serán peores para vos que los tigres y los leones.

Un día, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, una insensata filosofía hizo desaparecer la cruz, emblema de la santa independenciam de las almas, y la sustituyó con la encina simbólica de la independenciam del salvaje

que disputa su fruto á los animales de las selvas: pero este día habia sido marcado con un nombre satánico, con un nombre tal, que ningun día de la tierra lo habia todavía llevado; se llamaba *El Terror*.

Es, pues, indudable que la causa de la cruz es la de la verdadera libertad, de la civilizacion, de la humanidad entera; es la causa de las almas nobles y de los sentimientos generosos. Cualquiera que ame la virtud, cualquiera que se apasione por el sacrificio y la caridad, debe sentirse, tarde ó temprano, atraído á la bandera de Aquel que con un amor infinito se sacrificó por todos los hombres, y aceptó una muerte infame para librarlos de la corrupcion y de los males terribles que ella engendra.

---

## RESUMEN.

### Los dos reinos.

Hemos reconocido ya la existencia de dos reinos sobre la tierra: el reino de la cruz, y el reino de Satanás. Examinados en su origen, en su desarrollo y en sus resultados, estos reinos ofrecen constantemente caracteres diametralmente opuestos. El reino de la cruz ha sido fundado sobre el derecho y sobre el orden, es decir, sobre la palabra de Dios y sobre la obediencia á esta palabra; el de Satanás procede de la injusticia y del desorden; es decir, de un orgullo insensato y de la rebelion contra la autoridad legítima del Criador. Que se guarde el hombre de tocar al fruto de la ciencia del bien y del mal, porque morirá: he aquí el precepto divino.—Que el